

## EN TIERRA DE NADIE

Seudónimo: *Muchá*

Diez días, María. Ese es el tiempo que me paso al cabo de un año dentro de un autobús si sumo los cuatro viajes diarios, de Rentería a San Sebastián, de San Sebastián a Rentería...

Lo he calculado esta mañana, en uno de los trayectos, cuando volvía del trabajo. Diez días al año dentro de un autobús. Dicho así, puede parecer demasiado tiempo, demasiadas horas desperdiciadas, demasiados cálculos absurdos dentro de mi cabeza: el número de platos combinados que he servido esa jornada; los metros que puedo haber recorrido para servirlos; los meses, semanas, días... las horas y minutos que han transcurrido desde que estoy en este país extraño; todas las personas por las que he visto llorar a mis compañeros de piso; todas las veces que yo mismo he llorado por ti y he repetido tu nombre –María, María, María- mientras intentaba retener un remolino de semillas muertas en mi mano...

Emboscadas con las que matar un tiempo que, sin embargo, a veces (sobre todo cuando vuelvo de la cafetería cansado y consigo un asiento), me gustaría que durara el doble, el triple, que se prolongara infinitamente...

Dentro del autobús siento que todos estamos a punto de llegar o de volver a algún lugar, aturridos, anestesiados por el traqueteo, seguros hasta nuestra parada. Que todos nos igualamos y nos encontramos solos y somos vulnerables y nos sentimos fuertes a la vez, atrincherados en nuestros pensamientos y fantasías, en nuestras excusas y mentiras, en nuestros recuerdos y esperanzas.

Así es como me siento, dentro del autobús: entre dos mundos. Ni aquí, en el País Vasco, ni tampoco allá, en Guatemala. En tierra de nadie, aunque a veces, cuando pasamos junto al puerto y veo los barcos, sus enormes grúas, descargando montones de chatarra oxidada, recuerde el vertedero de la Zona 3, la basura amontonada, los días que trabajamos de sol a sol soñando que aparecía entre la inmundicia algo más que hierro, cartón, plástico...; soñando que tú y yo descubríamos la perla negra, la flor de la basura, el trébol de cuatro pétalos que nos ayudaba a escapar.

Nuestro trébol de la buena suerte, mi amor, fue aquella pistola que apareció refulgiendo bajo un montón de escombros. Nuestra perla negra, su pólvora humeante.

–Agárrala, Miguel, agárrala y vete lejos, antes de que alguien haga preguntas –me dijiste.

Y yo te hice caso, vendí el arma cuando aún estaba caliente y desgajé la flor para convertir mi pétalo en un billete de avión, mientras tú guardabas y alimentabas las otras tres hojas –tu paciencia, tu sufrimiento, tu amor- en el centro del pecho.

Desde entonces he trabajado duro, me he reventado las manos y los pies en todo tipo de empleos, he soportado miradas que encañonaban como revólveres, silencios peores que los insultos más hirientes...

Y no ha sido fácil, no ha sido tan fácil como imaginamos. He subido, sigo subiendo a demasiados autobuses para llegar al final del viaje. Y en mitad de este, a veces te veo a mi lado. Estás ahí, por ejemplo, cuando alguno de esos autobuses pasa junto a ‘Arzak’, uno de los mejores restaurantes de mundo, aquí en San Sebastián; te imagino dentro de él con un vestido de flores, el pelo negro y húmedo (las mujeres, en Donosti, como llaman también a esta ciudad, no salen a la calle con el cabello mojado, ni siquiera dejan que lo toque la lluvia, fina y persistente), oigo la voz del camarero que se dirige a ti, “¿qué va a tomar la señora?”, dice, y es un hombre educado, que te mira y te habla con respeto, con todo el respeto que merece alguien que para llegar hasta ahí ha atravesado un océano de lágrimas y ha partido en dos su corazón con olor a hierba...

Sí, María, esas son las locuras que pienso mientras voy de Rentería a San Sebastián, de San Sebastián a Rentería...

Y hago cálculos absurdos.

-Diez días al año dentro de un autobús.

Y me digo que en realidad es muy poco tiempo, y a veces hasta imagino que alguien entra, que secuestra ese autobús durante semanas, o que este cae por un acantilado imaginario, fuera del tiempo y del espacio, aplazando para siempre la hora de volver al bar, o al piso compartido, alejándome de sus ambientes asfixiantes, tristes, sin intimidad, de sus paredes tras las que siempre hay gente que bebe, que llora, que está sola...

Cuando fantaseo con esas escenas, miro al resto de viajeros, pienso en quién hablaría conmigo durante ese tiempo (o ese no-tiempo). Quién compartiría su comida, su agua conmigo. Quién desearía que yo fuera el primero en morir. A quién le enseñaría tu foto... Imagino, en definitiva, el autobús como un pequeño planeta, ajeno al nuestro y a la vez tan parecido a él...

Después, siempre hay un gesto que me devuelve a la realidad, un frenazo, una parada, una persona que me pide por favor que le deje pasar, o que pasa sin pedir permiso, empujando, una conversación, una llamada al móvil que no es para mí, pero que tengo que escuchar, quiera o no...

Y a veces, cuando regreso desde mi mundo, cuando abandono mis recuerdos y esperanzas, mis excusas y mentiras, mis pensamientos y fantasías, a veces, alzo la vista y me encuentro al fondo, casi repentinamente, el mar, como una aparición, un espejismo: el sol hundiéndose en el agua, o el arco iris desplegando todos sus colores sobre un lecho de cenizas líquidas...

Y nunca me acostumbro, siempre es como si fuera la primera vez que tú y yo vimos el océano, María, ¿lo recuerdas? Teníamos quince años y subimos a otro autobús, aquel que nos llevó desde Ciudad de Guatemala hasta San José. Una vez en la playa nos quedamos boquiabiertos mirando el Pacífico, dejando que la espuma de sus olas nos acariciara los tobillos, los rodeara como una fina cadena que -los dos lo supimos entonces- siempre nos mantendría unidos, por muy lejos que nos encontráramos el uno del otro.

Y en alguna de esas ocasiones, cuando el autobús enfila en dirección a la Zurriola, una de las playas de Donosti, pienso que no se detendrá, que no girará, que seguirá hacia delante, siempre hacia delante, hasta adentrarse en este otro océano que nos separa, y que en sus profundidades hallaremos la perla negra, el trébol de la buena suerte, con mi pétalo y los otros tres que plantaste dentro de tu pecho, María, María, María... Que es allí donde tú y yo, mi amor, volveremos a encontrarnos y donde termina, por fin, este largo viaje.

